

EL CASTILLO EXTERIOR

Colección
«Mística y espiritualidad»

2

Jesús Castellano Cervera, OCD

EL CASTILLO EXTERIOR

Lo «nuevo» en la espiritualidad
de Chiara Lubich

Introducción y selección de textos de Fabio Ciardi, OMI

Preámbulo a la edición española
de José-Damián Gaitán de Rojas, OCD



1ª edición: abril 2018

Imagen de cubierta:
Joseph Mallord William Turner, *Norham Castle Sunrise* (detalle)

Título original:
Il castello esteriore. Il «nuovo» nella spiritualità di Chiara Lubich
© 2011, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

© 2018, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

Traducción: *Juan Gil Aguilar*

Edición: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

I.S.B.N.: 978-84-9715-401-7
Depósito legal: M-10.939-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Nota a la edición en español

Cuando han pasado ya unos años desde la desaparición de Jesús Castellano Cervera, ofrecemos a los lectores de lengua española esta selección de intervenciones y escritos suyos preparada con esmero por Fabio Ciardi, OMI, y prologada en su edición original por el superior general de los Carmelitas Descalzos.

Con el deseo de facilitar la comprensión de la profunda experiencia de este eminente hijo de santa Teresa en contacto con una espiritualidad nacida en la Iglesia en el siglo XX (la de los Focolares), nos ha parecido oportuno introducir, antes del prólogo Saverio Cannistrà, dos artículos de José-Damián Gaitán, OCD.

Completamos el libro con una breve nota biográfica de Jesús Castellano y un elenco de sus principales obras en español.

PREÁMBULO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

En torno al único Maestro

Durante el siglo XX la reflexión sobre los diferentes caminos, carismas y espiritualidades cristianas ha sido abundante. Algunos autores además se han hecho la siguiente pregunta: ¿Es lo mismo una «familia o corriente espiritual» que una «escuela de espiritualidad»? ¿Qué aportaría una a la otra?

I. LAS ESCUELAS DE ESPIRITUALIDAD: ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

Un solo maestro

Al acercarnos a las narraciones evangélicas de la vida pública de Jesús lo que vemos es a un maestro que enseña con palabras y hechos, rodeado de discípulos que lo admiran e intentan aprender de Él¹; a los que se junta mucha otra gente, más o menos curiosa e interesada en Él por diferentes motivos².

De hecho, en los Evangelios, «maestro» (*rabí*, cf. *Jn* 1, 38) es uno de los apelativos que se da con bastante frecuencia a Jesús. También se da este apelativo a otros, doctores y maestros de la Ley³, pero Jesús aparece como maestro entre los maestros de su tiempo⁴; el Maestro por excelencia. Y el Evangelio de Mateo re-

¹ Cf. *Mt* 4, 18-25; *Mc* 3, 11-35; *Jn* 1, 35-51.

² Cf. *Mt* 5, 1; *Lc* 5, 1-2 y 15-17; 6, 17-19.

³ Cf. *Jn* 3, 10; *Mt* 23, 7.

⁴ Cf. *Lc* 2, 46-47; 5,17; *Mt* 23, 8 y 10.

cuerda que un día Jesús dijo a sus discípulos que no se dejaran llamar maestros ni doctores, porque «uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos»⁵.

En la tradición cristiana esta ha sido siempre una de las verdades de referencia fundamentales. En los demás escritos del Nuevo Testamento que no son los Evangelios aparece claro que, aunque después de la muerte de Jesús existen maestros y doctores dentro de las comunidades cristianas⁶, en todo caso Jesús sigue siendo siempre el Maestro por excelencia, el supremo y último punto de referencia para todos.

Así también, por muy importante que sea o haya podido ser un santo o un maestro espiritual, dentro de la espiritualidad cristiana este alcanza su verdadera grandeza en la medida en que sabe o haya sabido enseñar y manifestar a Cristo, en que sepa o haya sabido ayudar a otros a ser discípulos de Él. Lo cual se puede resumir en aquella frase de Pablo: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo»⁷.

Un camino, muchos caminos

Pero, para vivir de verdad como discípulos de Cristo, ¿existe un único camino o muchos caminos?

En la historia de la espiritualidad cristiana siempre se ha vivido cierta dialéctica entre la unidad o unicidad y la diferencia o las diferencias en la realización del camino cristiano.

Durante siglos, y hasta casi el Vaticano II, una cosa parecía bastante segura y aceptada por la mayoría: que dicho camino pasaba por abrazar ese estado especial de perfección que vino en llamarse vida religiosa. A los demás, si querían vivir como verda-

⁵ Mt 23, 8; cf. 10.

⁶ Cf. Hcb 13, 1; 1 Co 12, 28-29; Ef 4, 11; St 3, 1; 2 P 2, 1; Tt 2, 3.

⁷ 1 Co 11, 1; cf. Ef 5, 1; Flp 3, 17.

deros cristianos, no les cabía más posibilidad que imitar, en lo posible, el estilo de vida de los religiosos.

Pero, en contra de lo que pudiera parecer, esta aparente unidad de base no impedía, de hecho, el nacimiento constante –sobre todo en determinadas épocas– de nuevas y novedosas propuestas para vivir dicho camino espiritual de perfección: las así llamadas, en la actualidad, «espiritualidades» dentro de la común y única espiritualidad cristiana. Estas solían coincidir con el nacimiento de formas y estilos nuevos de vida consagrada que tenían su origen, con frecuencia, en una nueva figura carismática o fundador.

Ante la multiplicidad de caminos que se han ido abriendo en este sentido a lo largo de la historia, sobre todo en los últimos siglos, en la época del Vaticano II se sintió la necesidad de invitar a todos a volver la mirada, también en esto, a lo esencial y común, a la fuente de toda vida cristiana, que no es –o no ha de ser– otra que el evangelio como norma suprema de vida para todo cristiano en el camino del discipulado y seguimiento de Jesús; como elemento que da su verdadero valor cristiano a cualquier otra propuesta ulterior⁸.

Más allá de las posibles diferencias –nos viene a decir el Concilio– no existe más que un único camino, porque solo uno es el Maestro y el Camino que conduce al Padre. Es lo que vemos claramente en el siguiente texto de la *Lumen gentium*: «Para alcanzar [la] perfección, los fieles, según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, deberán esforzarse para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así la santidad del Pueblo de Dios

⁸ Se hizo famoso el artículo de H. U. VON BALTHASAR «El evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad en la Iglesia», en *Concilium* n. 9 (1965), 7-25. También a los religiosos el Concilio los exhortó a considerar siempre el evangelio como norma suprema de vida: *Perfectae caritatis*, 2a.

producirá frutos abundantes, como brillantemente lo demuestra en la historia de la Iglesia la vida de tantos santos» (LG 40).

Y, teniendo en cuenta los diferentes estados de vida o vocaciones fundamentales de referencia para el cristiano –servicio del sacerdocio ministerial, laicado/matrimonio y vida consagrada– continúa dicho documento: «Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno según sus propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad» (LG 41; cf. 41-42).

«Diversidad de dones, pero un mismo Espíritu» (1 Co 12, 4)

Los textos del Concilio que acabamos de citar en el punto anterior nos dicen, siguiendo el Nuevo Testamento, que el único camino en el seguimiento de Jesús Maestro se puede vivir de muchas maneras. Y que cada uno lo ha de vivir según el modo y llamada específica que Dios le ha dado. En este sentido el Magisterio, desde el Vaticano II a nuestros días, ha puesto el acento como nunca antes en los distintos estados de vida u opciones fundamentales del cristiano, pero sin olvidar por eso el amplísimo campo de las distintas espiritualidades en la Iglesia: las del pasado y las que siguen surgiendo en nuestros días.

Es verdad que las diferencias en la espiritualidad cristiana a veces pueden nacer de la invención de los hombres, pero con mucha frecuencia nacen de la acción del Espíritu de Dios para el bien de todo el Cuerpo de Cristo, como enseña Pablo⁹ y co-

⁹ Cf. 1 Co 12, 4-30; Rm 13, 3-8.

mo la Iglesia ha reconocido en tantas ocasiones a lo largo de su historia.

Pero hay que tener en cuenta además otro elemento, una realidad intrínseca al mismo evangelio: lo que algún autor (F. Ruiz) llamó hace unos años «el evangelio inagotable». Sin duda todos estamos llamados a vivir todo el evangelio con radicalidad en el seguimiento de Jesús. Pero ¿cómo una sola persona puede vivir al mismo tiempo con la debida radicalidad todo él? El evangelio de Jesús solo puede ser encarnado de forma adecuada, es decir, con radicalidad, dentro de la comunidad de los creyentes en Cristo, con los otros creyentes en Cristo, dentro de la Iglesia Cuerpo de Cristo¹⁰.

Sin descuidar u olvidar las demás realidades, que igualmente han de ser vividas de alguna manera, cada uno estaría llamado a poner de relieve en su vida uno u otro aspecto del misterio de Cristo y de su evangelio, viviéndolo con radicalidad. Porque eso es una espiritualidad particular dentro de la espiritualidad o camino espiritual cristiano general: una lectura parcial de todo el evangelio que surge de la radicalización de uno de sus elementos fundamentales, desde el que se lee existencialmente toda la vida evangélica: el martirio, la virginidad, la oración, la obediencia al Padre, la vida oculta en Nazaret, la pobreza evangélica, el celibato por el Reino, el servicio a los hermanos, el anuncio del Reino, etc.

Y si nadie puede vivir con la misma radicalidad todo el evangelio –porque, por ejemplo, nadie puede imitar al mismo tiempo a Jesús que ora en el desierto y a Jesús que está en medio de la gente–, esto supone que necesitamos de los demás para vivir de forma radical todo el evangelio. Esto me lleva a afirmar que es en los demás hermanos como yo, desde mi propia espiritua-

¹⁰ Cf. F. RUIZ, *Caminos del Espíritu. Compendio de teología espiritual*, EDE, Madrid 1998, pp. 680-688. Para la expresión «evangelio inagotable», cf. F. Ruiz en la primera edición de esta misma obra (1974, p. 508).

lidad o llamada, puedo estar viviendo con radicalidad todo el evangelio, porque solo la totalidad del Cuerpo de Cristo puede ser la expresión adecuada y viva del mismo en este mundo.

Pero para eso es importante que cada opción o carisma personal se viva en y desde el amor: no solo como una opción personal respecto de Dios, sino como una donación de amor respecto de toda la Iglesia. Y, a su vez, que todos los otros caminos que no son el propio se sientan igualmente como propios, porque todo lo que pertenece al evangelio me pertenece a mí. Por eso se ha de decir que todo camino particular en la espiritualidad cristiana alcanza su pleno sentido solo desde la vivencia del carisma supremo del amor recíproco: no solo, pues, en el dar, sino también en el recibir y acoger¹¹.

Aprender con otros, aprender de otros

Cada cristiano que se toma en serio su vida evangélica tendría que preguntarse: ¿cuál es mi lectura del evangelio? Es decir, ¿cuál es la espiritualidad a la que Dios me llama? Pero eso no significa que tenga la obligación de descubrir o inventar una nueva lectura existencial del evangelio. Más bien la mayoría se adhieren –o nos adherimos– a lecturas anteriores, hechas por aquellos a los que Dios les ha dado esos carismas en beneficio de otros muchos, como dije más arriba. Estas personas carismáticas se convierten así en maestros de vida cristiana en el sentido más verdadero de la palabra.

Por otra parte, al recorrer el camino evangélico a la luz de unas u otras lecturas hechas por grandes santos o maestros espirituales, nos encontramos formando un cuerpo espiritual con otros muchos hermanos, tanto del presente como del pasado. Y

¹¹ Cf. 1 Co 12-13; 1 P 4, 10-11.

es lo que se ha dado en llamar «familias espirituales», e incluso «familias de familias espirituales».

En todo caso no se trata de adhesiones puramente literales a las lecturas o espiritualidades hechas por otros. Como en el caso del mismo evangelio, también en las espiritualidades que nacen de él se dan a su vez posteriores nuevas lecturas creativas y enriquecedoras tanto para la espiritualidad concreta de referencia como para el mismo evangelio en general. Pongamos un ejemplo: ¿san Francisco de Sales pudo imaginarse jamás que, a partir de su espiritualidad, naciera algo parecido a lo que, siglos después, inspirándose en parte en ella, haría nacer san Juan Bosco? Otro ejemplo: santa Teresa de Lisieux siempre se sintió muy hija y heredera espiritual de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, pero, de hecho, algunos aspectos de su vivencia y mensaje espiritual suponen ciertamente el nacimiento de algo distinto, de un nuevo «camino espiritual», como ella misma reconoce¹².

Pero hay algo más. Si miramos bien la historia de la espiritualidad cristiana, en el fondo todos los grandes cristianos y todas las nuevas espiritualidades que van naciendo en la Iglesia, junto con sus aspectos más propios y novedosos, tienen también mucho de deuda con otras lecturas o espiritualidades anteriores o incluso contemporáneas.

Siempre me llamaron la atención, en este sentido, cuatro cuadros del siglo XVIII que podemos contemplar en la iglesia de santa Teresa de Jesús en Ávila, construida sobre lo que fue su casa paterna. En ellos están representados por separado carmelitas, jesuitas, dominicos y franciscanos, con sus fundadores y algunos de sus grandes santos. En cada una de esas pinturas aparece también santa Teresa, y Cristo resucitado, que le dice: te he dado espíritu de devoción, espíritu de religión, espíritu de sabiduría, espíritu de humildad.

¹² TERESA DE LISIEUX, *Manuscritos autobiográficos*, C 2v-3r.

Es como si Cristo le dijese a santa Teresa que, a través de esas familias espirituales, Él ha querido enseñarle a ella esos valores evangélicos. De hecho, en el caso de santa Teresa, está muy claro que todas esas familias religiosas con sus espiritualidades –y otras más no representadas allí– la influyeron y ayudaron espiritualmente de forma decisiva en algún momento de su vida. No se trataría, pues, de imitar literalmente lo que otros hicieron o hacen –como tampoco lo fue en el caso de santa Teresa–, sino de dejar que el don que Dios ha hecho al otro ilumine y, en cierto modo, fecunde espiritualmente el propio don o llamada de Dios.

De las «familias espirituales» a las «escuelas de espiritualidad»

Sin duda, algunas espiritualidades o familias espirituales han tenido más influencia que otras en la historia de la espiritualidad cristiana. Pero no es solo cuestión de antigüedad. También hay que tener en cuenta la importancia y esencialidad evangélica de la síntesis propuesta a la hora de valorar el porqué de su mayor o menor influjo y vigencia en la Iglesia universal.

En este sentido me parece que un paso muy importante se dio con el nacimiento de las Órdenes Terceras en el tiempo de san Francisco y el movimiento mendicante. Porque con ellas, de alguna manera, se vino a aceptar que se podía compartir una misma espiritualidad sin tener que compartir por ello un mismo estado de vida en la Iglesia. Fue así como la espiritualidad de los frailes mendicantes empezó a ser compartida también por gente laica; y sentida por estos como vocación cristiana propia.

Pero a lo largo de siglo XX ha ido apareciendo con cierta regularidad la pregunta siguiente: ¿es lo mismo una «familia espiritual» que una «escuela de espiritualidad»? En todo caso: ¿cuántas serían las escuelas de espiritualidad existentes realmente en la espiritualidad cristiana?

La cuestión se empezó a plantear por imitación con otras áreas del saber humano y teológico en las que se habla, con cierta normalidad y propiedad, de escuelas de filosofía, teología, psicología, economía, arte, etc.

Para responder a las preguntas arriba planteadas, los autores han procurado establecer una serie de criterios lo más objetivos posible¹³. Pero a la hora de determinar luego de forma concreta cuáles serían las llamadas «escuelas de espiritualidad», la decisión no se presenta nada fácil. Porque la solución tampoco parece que consista en conceder sin más dicho título a todas las «familias espirituales» existentes, o solo a las que han superado mejor los avatares del tiempo y que, por lo mismo, son más antiguas o han podido influir más en unas u otras épocas determinadas¹⁴.

En mi opinión, habría que distinguir dos acepciones o usos posibles del concepto «escuela de espiritualidad». En el primer caso, esta se podría identificar sin más con lo que tradicionalmente se llama «familia espiritual». Porque, en el fondo, toda familia espiritual incluye en sí, casi connaturalmente, la pretensión o el deseo de convertirse en escuela o camino de iniciación, aprendizaje y vivencia concreta de vida cristiana a partir de determinados planteamientos espirituales, aunque estos no supongan de por sí una novedad absoluta, ni teórica ni práctica, respecto de otros ya existentes. Quizá algo de esto sea lo que quiso decir san Benito cuando, al comienzo de su Regla monástica, confiesa que quiere «instituir una escuela del divino servicio» (Prólogo, 45).

En el segundo caso, la expresión «escuela de espiritualidad» suele emplearse en un sentido más bien intelectual: como sínte-

¹³ Para una síntesis de esos planteamientos cf. F. RUIZ, *o. cit.*, pp. 691-699.

¹⁴ Algo de esto es lo que podemos ver en E. ANCILLI (dir.), *Le grandi scuole della spiritualità cristiana*, Teresianum - O.R., Roma-Milán 1984, 743 pp. Más recientemente A. QUAGLIA reduce su exposición sobre las escuelas de espiritualidad a cinco: benedictina, dominicana, franciscana, carmelita e ignaciana (cf. «Escuelas de espiritualidad», en *Diccionario de mística*, San Pablo, Madrid 2002, pp. 633-640).